

Persuasión propagandística al servicio del envilecimiento: comunicación para el desorden

Dr. Óscar Sánchez Alonso

Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca
osanchezal@upsa.es

Resumen

La conjunción copulativa de este número (*comunicación y desorden*) proyecta un análisis no hegemónico. Resulta más habitual la disyuntiva (*comunicación o desorden*), denotando que la primera evita el segundo. No es esto cierto en todos los casos. La comunicación puede contribuir a la integración de la ciudadanía en la esfera pública, y puede propiciar el enriquecimiento del sistema democrático. Serán, éstas, virtudes en potencia, pero no camino irrevocable. Determinada comunicación también canaliza encono y envilecimiento, resultando antesala y vehículo de la fuerza. Existe una *comunicación para el desorden*, caracterizada, antes que nada, por el secuestro del lenguaje.

Palabras clave

Persuasión, lenguaje persuasivo, propaganda, periodismo propagandístico, publicidad, periodismo publicitario, terrorismo, violencia.

Abstract

The copulative conjunction of the title of this issue (*communication and disorder*) seems to give the idea of a not usual analysis. The dilemma (*communication or disorder*) is a more common formulation, denoting that the first term avoids the second. Nevertheless, it isn't true in all cases. Communication can contribute to the citizen's integration in the public sphere; and it can provide a significant improvement of the de-

mocratic system. But this is not an unavoidable result. Some kinds of communication are prone to transmit rancor and moral degradation, and they might be the prologue or the carrier of violence. There is a *communication to disorder*, which has as an essential feature its perversion of language.

Key words

Persuasion, persuasive language, propaganda, propaganda journalism, advertising, advertising journalism, terrorism, violence.

De ti tu peor tú... y el verbo hecho metralla

La palabra no sustituye a la realidad; pero la propicia. Y la suscita en su sentido más positivo y noble; como la genera, también, en su dimensión más dañina e insalubre. Hay discursos capaces de rememorar aquellos versos que Salinas (1995, 71) supo prestarnos: “Es que quiero sacar/ de ti tu mejor tú”; y hay discursos, también, que buscan todo lo contrario: *sacar de ti tu peor tú*; extraer del vecino su *él* más pernicioso.

Existen ciertos mensajes cuya finalidad no es el encuentro. No aspiran a lograr intercambio entre los interlocutores: niegan lo primero anulando a los segundos. Existen ciertos mensajes cuyo objetivo, antes que nada, implica dar paso a la discordia. Ese objetivo les otorga su *sinrazón* de ser. Ciertos mensajes existen para negar la existencia; *son* para que otros no *sean*.

Ese germen discursivo puede conocer un paulatino proceso de envilecimiento, en el que las sucesivas réplicas y contrarréplicas (entre adversarios en litigio) recrudescen el proceso en un camino no siempre con retorno. En otras ocasiones, ese germen discursivo puede que se retroalimente sólo desde una parte; pero, de igual forma, el cúmulo de ofensas y delirios continuará también su escalada, su propio proceso de autoabastecimiento en un camino –de nuevo– no siempre con vuelta atrás.

En uno u otro sendero –y en cuantos senderos mixtos se nos ocurran–, el resultado acaba siendo parejo. Lo que nació como brote discursivo desembocó en un previsible fruto: la acción, el hecho, la violen-

cia. La barbarie comunicativa se encarna en fanático comportamiento: *el verbo se hizo metralla*; la palabra se volvió puño; el mensaje devino en explosivo.

“Las palabras no tienen principios, por eso deben tenerlos aquellos que las utilizan”, clamaba un anuncio de *Folha de S. Paulo*, a finales de los 90, cuando esta publicación conmemoraba su 77 aniversario. El mensaje resulta esclarecedor. Es más. Esos principios no sólo serían deseables en el emisor, sino también en quien ejerce el papel de receptor (que interpretará el mensaje que le llega; y podrá actuar, frente a otros públicos, como nuevo emisor). Así pues, en el uso de la palabra hay una responsabilidad que corresponde al que la pronuncia, claro; pero también acontece una responsabilidad fundamental ligada al que la escucha. Las palabras puestas en boca de irresponsables son un peligro; y las palabras depositadas en oídos con *estrechez de escucha* encarnan riesgos no menores. Determinadas interpretaciones, determinadas aplicaciones o determinados usos fuera del contexto oportuno conducen a integrismos varios.

El potencial persuasivo de la palabra y el lenguaje (Grijelmo, 2000: 93-227; López Eire, 1998: 22-29 y 56-83; Fernández Lagunilla, 1999: 51-81; Fernández Lagunilla 1999b: 13-34) encierra su *quién sabe*. Sus posibilidades de manipulación, sesgo y empobrecimiento (Temprano, 1999: 45-70; De Miguel, 1999: 33-40 y 155-157; López Quintás, 1998: 97-137; Vázquez y Aldea, 1991: 119-140; López Quintás, 1988: 139-232; López Quintás, 1987: 351-364) ni han de llevar a la generalización alarmista ni han de contagiar, tampoco, mayor candidez de la debida. El potencial inductor del mensaje viene a evidenciar un ingrediente persuasivo mucho más abarcador, que reviste y caracteriza a todo un modelo de sociedad (Macía, 2000). En ella fluyen, con tanto desparpajo como intencionalidad, “palabras grandes” (Grijelmo, 2000: 138-147) y “palabras talismán” (López Quintás, 1998: 15-23), que harán preciso, en todo caso, el esfuerzo por desvelar su ocultación y estratagema.

La *oleada de sofisticada* sobre la que Zubiri (1980: 15) acertó a alertarnos no ha cesado en su empeño. Tanto en emisores como en receptores, la *podredumbre de miras* continúa sembrando de fantasmas el paisaje. La *ceguera mental* persiste en su convocatoria de amenazas. La historia ya vino a demostrarlo. El presente, en su actualidad, ratifica la advertencia.

Artificieros de las ideas y neutrones sin desactivar

Los procesos de encanallamiento pueden llegar a frenarse, pero no se frenan por sí solos. Las dinámicas del rencor las frenará una ciudadana receptora cuya cultura democrática esté suficientemente asentada como para no permitir excesos *no permisibles*. Podrán ayudar –eso sí– ciertas voces significadas que osen salir al paso. Voces que darán consistencia a una siempre añorada educación cívica (Savater, 2003: 154-155; Azurmendi, 2003: 15-17), que contribuirán a romper miedos y temores; y que alentarán la resistencia frente al mensaje de la inquina. Voces, asimismo, que ayudarán a que no se caiga en ciertas tentaciones que el envilecedor discurso tiende: tentaciones como incurrir en las mismas prácticas (o en su apología) de aquello que quisiera erradicarse. Cuando el discurso democrático incurre en tal tipo de trampas, al discurso totalitario se le brinda en bandeja su triunfo.

Dejadas al margen tan arriesgadas provocaciones, cierta intelectualidad (habitualmente mediática en las sociedades de nuestro tiempo) ejercerá un papel desactivador del estallido. Así contempla el paralelismo Arcadi Espada (2005): “Los intelectuales son algo así como los tedax, los artificieros de las ideas. Se entiende por fascismo una situación dada donde los intelectuales en vez de desactivar las ideas las hacen explotar. El último ejemplo en Europa fue el balcánico”.

Como se observa de su testimonio, si cierta intelectualidad anima esa forja democrática (que ayuda a reafirmarla, que hace visualizable su legitimidad); también existirá cierta intelectualidad que puede impulsar, qué duda cabe, el discurso totalizador y totalizante. Espada lamentaba –y las situaba como preclara manifestación de devaluación democrática, como palpable deterioro en la calidad de la democracia– aquellas situaciones en que los intelectuales acaban siendo cómplices de esas ideas erosionadoras de la convivencia. El abanico de posibilidades, a ese respecto, es amplio: desde la dejación, indiferencia y apatía hasta una manifiesta colaboración. De forma más o menos explícita, de manera inconsciente o voluntaria, una parte de esa intelectualidad acabaría compartiendo aquel lenguaje propiciatorio de la aversión.

El discurso de la exclusión, el discurso que decide otorgar o negar identidades, el discurso que se erige en avalista del derecho a existir del otro, ese discurso –decíamos– no se queda tan sólo en palabras. Ese

tipo de discursos podrá suponer voraz antesala de la violencia. Una violencia que, para los acólitos, habrá pasado a ser *necesaria*, dotándose de absoluta *legitimidad*.

Las descalificaciones e insultos (Martín Salgado, 2005: 22), sustitutos, las más de las veces, de la argumentación racional y pertinente, son también empleados como maniobras del despiste, de la confusión y del *tú más* (Martín Salgado, 2005b: 18). En ese creciente clima del impropio, Espada aludía a una de esas réplicas en las que se borra al ciudadano, diciéndole *tú no eres*; y sembrando con ello presumibles pasos posteriores: “La apología de la exclusión es una bomba de neutrones, que deja intactas las formas y pudre por dentro. Se produce cuando cualquiera se siente legitimado para definir la identidad de los otros” (Espada, 2005b).

De ahí la necesidad de desactivar ciertos *neutrones lingüísticos*. Los *tedax* a los que se refería Espada habrán de actuar sobre las ideas y habrán de actuar sobre palabras que, por sí solas, encierran su propia idea trampa en el regazo. No es extraña esa “rebelión de las palabras”, como constata Fernández Campo (2003: 13). *Rebelión* mediante la cual esas palabras trascienden a su propio significado, independizándose incluso de él. Estamos, en ese supuesto, ante “palabras que no representan una idea, sino que llegan a convertirse en idea. Y esto, que parece una paradoja, no lo es en realidad, porque frecuentemente pensamos más con palabras que con ideas” (Fernández Campo, 2003: 14).

Por estos derroteros cabría interpretar la proclama de Heidegger (1961: 400): “Las palabras son a menudo en la Historia más poderosas que las cosas y los hechos”. Y este fenómeno se expresa con sobrada vehemencia en el lenguaje publipropagandístico (Sánchez Alonso, 2001: pp. 419-430). En este escenario, la reflexión de Ferrer (1994: 11) adquiere su máximo sentido: “(...) el hombre, antes que consumidor de productos o cosas, es consumidor de palabras, a tal extremo que acaso el gusto por ellas le lleve a ser un mayor consumidor de productos o cosas”.

Palabras transformadas en valores, palabras que *cotizan al alza* en sus respectivos mercados ideológicos y mercantiles. Hay valores que no se *compran* –que no pueden jamás comprarse–, pero es indudable que se *venden*. Y se venden en ambos escenarios, propagandísticos y publicitarios (que dicho sea de paso, no caminan de forma aislada). Si exis-

ten valores que jamás cotizan en bolsa, que entienden muy poco de precios, que están fuera de toda transacción mercantil y/o electoralista, el discurso publipropagandístico se encarga del *prodigio*. De las palabras a los valores; y de lo axiológico a lo bursátil (Sánchez Alonso, 2001, pp. 419-430). El *broker* del lenguaje ejercita tal tipo de *alquimias*.

Desvirtuación léxica, degradación interpersonal

La *materia prima* que podría haber desencadenado ese proceso autodestructor y destructivo es, a la par, la misma *materia prima* que podría contribuir a desarticular tales derivas. Hablamos de la palabra (sinécdoque que estamos utilizando, indistintamente, para referirnos al mensaje, al discurso, a la comunicación en su conjunto): “Las palabras tienen a veces significados profundos de los que no somos conscientes, y que sin embargo conforman nuestra manera de pensar. (...) Las palabras significan en nuestro subconsciente mucho más de lo que dicen los diccionarios” (Grijelmo, 1999: 16).

Esos significados *profundos e inconscientes* son los que también se prestan a ser instrumentalizados por vía sectaria. En el artículo citado, Alex Grijelmo salía al paso de la palabra “tregua” y de otros tramposos vocablos: “Tan unilateral es la *tregua* de ETA (y por tanto, tan inexacta la palabra) como unilaterales fueron las bombas (y por tanto, tan inexacto el concepto de *guerra*). ETA no decidió una tregua, porque entonces algún día, llegada por fin la paz definitiva, creeremos que se ha producido un armisticio (suspensión de hostilidades pactada entre dos pueblos o ejércitos beligerantes). Hablemos de perdones, de indultos, de reinserción. No de tregua. De un lado están las balas y del otro las palabras; pero los terroristas siempre querrán invadir el terreno enemigo” (Grijelmo, 1999: 16).

Las balas y las palabras no son trincheras excluyentes. En el propio texto de Grijelmo se desprende esa idea cuando se alude a la *invasión* de ese terreno léxico. Ese *allanamiento* del lenguaje nunca es gratuito; y el terrorismo batalla también ese frente. La práctica podrá causarnos repugnancia, pero no sorpresa. Lo sorprendente será comprobar que plataformas de información y opinión ajenas a ese mundo tropiezan en tal emboscada. La mayor desazón brota al encontrar voces que (por de-

jadez o negligencia, por supuesto candor o manifiesta torpeza) *importantan* y *hacen suyo* ese discurso de la infamia.

El lenguaje es instrumento de la inteligencia, y como cualquier otra herramienta, el *instrumental lingüístico* podrá ponerse al servicio de las fuerzas más variopintas: “Quien domine el lenguaje podrá acercarse mejor a sus semejantes, tendrá oportunidad de enredarlos en su mensaje, creará una realidad más apasionante incluso que la realidad misma” (Grijelmo, 1997: 21). Quien domine el lenguaje, ciertamente, podrá acercarse a sus semejantes, sin que en ese acercamiento al interlocutor la intencionalidad sea única e invariable: para tender una mano... o suministrar un puntapié; para ofrecer un aliento... o esquilmar toda autoestima; para buscar la convivencia... o conformar exclusiones; para apostar por la concordia... o trabajar el exterminio.

Detrás de las palabras, existen siempre personas. Personas que las pronuncian, personas que las escuchan, personas –como terceros– a las que alude el mensaje en cuestión. Al fin y al cabo, y antes de adentrarse en cualquier otro pormenor, late una disquisición fundacional: personas consideradas como fines por sí mismas o personas utilizadas, de forma torticera, como meros medios puestos al servicio de otras causas. Tras una u otra consideración, existen unas u otras palabras. Algo de esto parece también desprenderse de Grande del Brío, cuando entiende que la “desvirtuación de la palabra” emana de la “degradación de las relaciones entre las personas”.

Y añade: “La utilización gratuita que de la palabra se haga, sobre todo en aquellas cuestiones y situaciones de cierta gravedad que requieren un tratamiento y una medida muy especiales, erosiona los principios de entendimiento entre los individuos de la especie humana” (Grande del Brío, 2000: 11).

Secuestros del lenguaje y comunicación propiciatoria de violencia

Tal y como explica Eduardo Jordá (2003: 4), “Orwell supo ver en 1984 que el verdadero secuestro de la libertad iba a ocurrir en el terreno del lenguaje, y que eso iba a afectar a todos los países por igual, con independencia de su régimen político”.

Precisamente, ese secuestro de la libertad con la herramienta y el arma del lenguaje (o lo que es lo mismo: ese raptó del lenguaje y la palabra que atenaza pensamiento, democracia y libertad) explica que los reseñados lamentos no sean vana conjetura. Las enseñanzas de Orwell, como las anteriores de Huxley (por citar tan sólo dos nombres de enorme significación a este respecto), no quedan anacrónicas con facilidad. Asiduamente –nos pese o no– suponen un clarividente aviso. Sería un imprudente desliz el ignorar aquello que de admonición revelan (Sánchez Alonso, 2004, pp. 567-574).

A su vez, que algunas estimaciones no sean monopolio de los regímenes despóticos y dictatoriales, sino que resulten mecanismo mucho más extendido y rastreado, acrecienta la necesidad de afinar balances. De hecho, cuanto mayor sea la sutileza de la impostura, la eficacia de ésta se acrecienta. Los despotismos (y los comportamientos despóticos insertos en sistemas democráticos) ya aprendieron que sus ropajes pueden disfrazar su auténtica naturaleza. Para ganar en alcance e invulnerabilidad necesitan del camuflaje; y de ahí que el enmascaramiento contemporáneo se muestre más sutil y sibilino que la obvia obscenidad de épocas previas (Sánchez Alonso, 2005).

A pesar de manidos prejuicios, la comunicación persuasiva resulta compatible con la democracia (Martín Salgado, 2002: 37-43; Sánchez Alonso, 2005b: 83-92). Cualquier manifestación comunicacional llevará (en mayor o menor grado, en su particular forma y manera) su indisoluble voluntad persuasiva; y esto, por sí solo, en modo alguno mermará su compatibilidad democrática. Sin embargo, que resulte necesario recordar este tipo de premisas tampoco obliga a otras ingenuidades.

La comunicación puede ser perfecta aliada de la violencia más descarnada. También aquí existe esa complementariedad. Por supuesto que la persuasión es una *alternativa* a la fuerza, pero no siempre y en todos los casos. La persuasión también es, también puede ser, instigadora de esa fuerza.

Cabría, pues, revisar afirmaciones de este tenor: “(...) sólo hay dos formas de gobernar: por coacción o por consenso, por el monólogo o por el diálogo mediático, lo que es tanto como decir, por la comunicación o por la policía” (Del Rey, 1996: 37). Incluso dando por hecho –sobrentendiendo– que se alude al ejercicio policial abusivo (y no al correcto ejercicio policial acorde a un Estado de Derecho), habrá que

reconocer la evidencia: la comunicación no anula ni sustituye la abrasiva praxis autoritaria.

Lamentablemente, la comunicación puede amparar, justificar e intentar dar legitimidad a las prácticas violentas e intimidatorias: “(...) la guerra no empieza nunca con el primer tiro. La guerra empieza con el cambio de lenguaje. La Segunda Guerra Mundial no empezó con el ataque a Polonia. Empezó con el lenguaje. Lo mismo ocurrió en los Balcanes. (...) Es el lenguaje de la agresión y de la arrogancia. Lo vemos en los medios y lo vemos en los discursos políticos, en las discusiones públicas y privadas. Así se prepara el ambiente, se caldea la atmósfera para cuando empiecen los tiros” (Kapuscinski, 2002: 26). La experimentada voz de Kapuscinski, bien conocedora del escenario que ilumina, quizá ayude a afrontar las miras. Situar los pies en la tierra (no como renuncia, no como pragmatismo utilitarista; tan sólo con afán de sensatez) ayuda a desmontar las engañosas mitificaciones que sobre la comunicación, en ocasiones, se vierten.

Alteraciones del discurso, realidad inalterable

Marina (1998: 112) apuesta por “restaurar el nexo entre la palabra y la experiencia”; puesto que, de quedar roto ese vínculo, el peligro es “convertir todo lo real en irrealidad”. Y añade: “En la irrealidad del habla todo se adelgaza, pierde urgencia, se vuelve irreal, acaba en simulacro, y nos anima a pensar que si se cambia el discurso se ha cambiado la realidad, lo que por desgracia es falso”. Y apoyándose en Allan Megill (1994), de él destaca: “Si se adopta la concepción según la cual todo es discurso, texto o ficción, la realidad entera se trivializa. Seres humanos reales, que realmente murieron en Auschwitz o Treblinka, se convierten también en discursos”.

No por obvio se nos presenta menos lúcido. El análisis de Megill ayuda a evitar peligrosos escapismos. En algunas trampas evasivas incurrimos de forma inconsciente; y en otras –cómo negarlo– incurrimos abocados por terceros. Por eso conviene recordar: la barbarie no es (sólo) un discurso.

El año 2005 ha supuesto el 60 aniversario de la liberación de Auschwitz. De aquellas ingentes manufacturas de la destrucción, lo único

positivo que cabe desprender es la enseñanza que pueda brindarnos. Al menos, siempre que estemos dispuestos a aprender de ello. Aquellos pasajes no han sido un caso aislado. Acontecieron y acontecen. Son historia y son presente. Y si caben las equiparaciones, será porque la sevicia no puede medirse en términos cuantitativos. Las cifras y cantidades (de asesinados, desaparecidos, vejados, torturados, martirizados...) no serán el único indicio que permita dar cuenta de la abyección. En cada uno de esos engranajes del latrocinio, el elemento propagandístico ha encontrado relevancia no menor: “(...) Hitler logró convertir a muchos de sus compatriotas en racistas asesinos. La lección que muchos sugieren que deberíamos aprender (...) es que incluso los pueblos más *civilizados* son homicidas potenciales, si se les convence de lo *correcto* o *necesario* de sus acciones. Este periodo nos enseña otra lección importante: si el Estado sabe cómo utilizar el lenguaje adecuado, puede convencer a su pueblo para que cometa los actos más atroces” (Collins y Glover, 2003: 13-14).

Detengámonos, por un momento, en esta obligada referencia histórica. En 2005 llegaba esa liberación del reseñado campo de concentración; y ese mismo año, en noviembre, se conmemoraba el 60 aniversario del inicio del Juicio de Nuremberg. Nos apoyamos, a continuación, en un clásico título cinematográfico (Kramer, 1961), que podrá proporcionar unas muy reseñables pistas, de absoluta actualidad y vigencia.

“Jamás supuse que se iba a llegar a eso”, se lamenta el juez que acaba de ser condenado (Burt Lancaster). Por su parte, la respuesta del juez que ha dictado su sentencia (Spencer Tracy), no puede ser más transparente: “Se llegó a eso la primera vez que usted condenó a un inocente, sabiendo de su inocencia”. Merece la pena recordar este pasaje, puesto que de tan escasas palabras se desprende, sin duda, una esencial lección ética, una lección de excelsa cultura democrática.

Las desbordantes cifras del genocidio nazi no habían surgido de forma espontánea; tampoco de manera imprevista. Se llegó a ellas desde el inicio. Desde esos *inicios* que todos (cada uno desde su espacio) podemos llegar a alimentar, por haber prescindido de cumplir con la responsabilidad que nos compete; por haber vuelto la cara cuando no debimos volverla; por haber preferido callar cuando tuvimos que abrir la boca.

La película de Kramer, escrita por Abby Mann, permite vislumbrar la barbarie de los bárbaros; pero también la de los *correctos*, *decentes*, *de-*

corosos... y buenos. Es decir, al margen de las cúpulas nazis, al margen de los que directa y expresamente pusieron en marcha las maquinarias de la atrocidad; siempre se requieren ciertas nauseabundas complicidades para que el ensamblaje funcione como un todo.

Cuando un día hagamos cuentas, balance y reflexión sobre lo ocurrido en el siglo XX –vino a decirnos Luther King–, “no nos escandalizará tanto la maldad de los perversos, cuanto el silencio de las personas honradas”. Qué enorme enseñanza también ésta.

La película aludida repara sobre unos jueces (pero fácil resultaría extrapolar a otras profesiones, sectores, campos, épocas y tiempos), juzgados por su colaboración con aquellas nazis factorías de la vileza.

Sentado en el banquillo de Nuremberg, ese juez que va a ser condenado (un juez que había sido cualificada referencia del mundo jurídico, que había cumplido una brillante carrera hasta que humana y profesionalmente se despeñó por los precipicios del servilismo, la renuncia, la claudicación y el mirar para otro lado), este personaje, sí, no elude reconocer su contribución al atropello: “Lo que solamente iba a ser una fase pasajera se convirtió en una forma de vivir. (...) Mi abogado pretende que ustedes crean que no sabíamos nada de los campos de concentración. ¿Dónde estábamos cuando Hitler comenzó a clamar su odio? ¿Dónde estábamos cuando nuestros vecinos eran arrastrados a media noche? ¿Dónde estábamos? ¿Estábamos sordos, mudos, ciegos? Mi abogado dice que no sabíamos nada del exterminio de millones de personas, ¿nos justificaría que conociésemos el exterminio de unos cientos? ¿Nos haría eso menos culpables? Puede que no supiéramos los detalles, pero si no los sabíamos era porque no queríamos saber”.

Ciertamente, la ignorancia o dejadez de unos nunca es, por otros, *ignorada* o *dejada* en abandono. De los olvidos colectivos siempre hay alguien dispuesto a sacar provecho; y la desmemoria tan sólo propicia alarmante frivolidad e injusto revisionismo. Banalizar y trastocar el horror (para desdibujarlo y edulcorarlo, o para encubrirlo y esconderlo, o para disculparlo y legitimarlo, o para mirarlo –también– con interesado sesgo partidista) no puede ser sino hijo de la ignominia. Conformaría todo ello, a su vez, lamentable irresponsabilidad que se le brinda de legado al futuro, precisamente como lastre.

El 60 aniversario de la liberación de Auschwitz, el 60 aniversario del Juicio de Nuremberg, no ha de suponer un simple recordatorio del pa-

sado. Ese ayer ha de estar en el hoy: presente para no olvidar; presente para que no se repita; presente para no burlarse; presente para no negarlo. Auschwitz no puede pasar por anécdota. Auschwitz es mucho más que un discurso. Auschwitz existe con toda su infamia. Auschwitz existe con todas sus letras: de la A... a la Z.

Habitando el disimulo

Podrían incorporarse múltiples definiciones sobre el término política. Seleccionamos el siguiente apunte, puesto que, sin suponer una exhaustividad cansina, sí encierra, de forma gráfica, suficientes claves para la temática que aquí nos ocupa: “La política debe ser la gran constructora de caminos, de puentes, de pasos, hacia la dignidad. Es una forma de buena arquitectura, que permite a los hombres habitar la realidad” (Marina, 2003: 207). Mientras tanto, y volviendo a Espada, considera este autor que “el eufemismo es la figura retórica más importante del lenguaje periodístico”, pudiendo interpretarse éste “como una atenuación de la realidad” (2002: 21).

Como puede observarse, al ligar ambos diagnósticos se desprenden patentes consecuencias: mal puede *habitarse* aquello que se *atenúa*, aquello que se enmascara, aquello que se disfraza. Se estaría habitando, en ese caso, lo ficticio. Se estaría habitando, sin más, tan sólo el disimulo.

Existe una ficción enriquecedora de la realidad, que nos posibilita –sobre ella– una aproximación que gana en plenitud, profundidad, matices y perspectivas; mientras que existe una ficción alienante y evasiva, escapista de lo real, cuyos efectos son bien distintos (Sánchez Alonso, 2000: 569-585). Trasciende al objeto de este artículo detenerse en estas disquisiciones, pero resulta inevitable aludir, con brevedad, a esa segunda vereda reseñada.

Cuando el rapto del lenguaje deviene en disimulo y mascarada, la realidad *ignorada* habrá continuado su curso. Sería una tremenda ingenuidad presuponer que nuestro desconocimiento sobre ella la aborta. Sumamente presuntuoso –y/o sumamente falaz– sería el gesto de aquellos emisores que creen hacer desaparecer determinadas realidades por el simple hecho de no nombrarlas: “(...) no es cierto que *si no dices* te-

rorismo *haces desaparecer la realidad que encierra*. La realidad no desaparece porque no la mencionas. Lo que desaparece o se difumina es nuestra resistencia moral ante la realidad. Nuestra capacidad de aislarla y de combatirla. Nuestra preparación técnica” (Espada, 2005c).

El farsante disimulo, en consecuencia, siembra la enajenación. Se merma esa *resistencia moral*, se menoscaba esa *preparación técnica*. Se ahuyenta toda toma de conciencia, no tanto porque se rechace, más bien porque ni siquiera se baraja dilucidar su concurso; ni siquiera se percibe la necesidad o no de convocarla. También es ésta una forma de anularnos. Tras las palabras, decíamos, existen siempre personas: personas tomadas como fines o personas, sin más, relegadas al papel de comparsa; instrumentadas, tan sólo, como medios. No es éste pequeño *desorden*.

Bibliografía

- AZURMENDI, M. (2003): *Todos somos nosotros. Etnicidad y multiculturalismo*. Madrid, Taurus.
- COLLINS, J. y GLOVER, R. (2003): “Introducción”, en *Lenguaje colateral*. COLLINS, J. y GLOVER, R. (eds.). Madrid, Páginas de Espuma.
- DE MIGUEL, A. (1999): *La perversión del lenguaje*. Madrid, Espasa Bolsillo.
- DEL REY, J. (1996): *Democracia y posmodernidad. Teoría general de la información*. Madrid, Editorial Complutense.
- ESPADA, A. (2002): *Diarios*. Madrid, Espasa.
- ESPADA, A. (2005): “El círculo vicioso”, discurso de recogida del XI Premio a la Tolerancia, www.arcadi.espasa.com/archivo/vivio.htm.
- ESPADA, A. (2005b): Blog del 10 de junio, www.arcadi.espasa.com.
- ESPADA, A. (2005c): Blog del 25 de julio, www.arcadi.espasa.com.
- FERNÁNDEZ CAMPO, S. (2003): “Introducción”, en *Los discursos del poder. Palabras que cambiaron el curso de la historia*. VV.AA., Barcelona, Belaqva.
- FERNÁNDEZ LAGUNILLA, M. (1999): *La lengua en la comunicación política I: El discurso del poder*. Madrid, Arco/Libros.
- FERNÁNDEZ LAGUNILLA, M. (1999b): *La lengua en la comunicación política II: La palabra del poder*. Madrid, Arco/Libros.

- FERRER, E. (1994): *El lenguaje de la publicidad*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- GRANDE DEL BRÍO, R. (2000): *El poder de la palabra y la nueva Torre de Babel*. Madrid, El Drac.
- GRIJELMO, A. (1997): *El estilo del periodista*. Madrid, Taurus.
- GRIJELMO, A. (1999): “Contra la tregua”. *El País*, 2 de junio, p. 16.
- GRIJELMO, A. (2000): *La seducción de las palabras*. Madrid, Taurus.
- HEIDEGGER, M. (1961): *Nietzsche I*. Pfullingen, Neske.
- JORDÁ, E. (2003): “El revolucionario conservador”. *Blanco y Negro Cultural*, 21 de junio, p. 4.
- KAPUSCINSKI, R. (2002): “Entrevista”. *Magazine La Razón*, 29 de diciembre, pp. 24-30.
- KRAMER, S. (productor y director) (1961): *¿Vencedores o vencidos? (El Juicio de Nuremberg)*. Estados Unidos, Metro-Goldwyn Mayer Studios Inc.
- LÓPEZ EIRE, A. (1998): *La retórica en la publicidad*. Madrid, Arco/Libros.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1987): *Vértigo y éxtasis. Bases para una vida creativa*. Madrid, Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1988): *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre* (4ª ed.). Madrid, Narcea.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1998): *La revolución oculta*. Madrid, PPC.
- MACÍA, J. (2000): *Comunicación persuasiva para la sociedad de la información*. Madrid, Universitas.
- MARINA, J. A. (1998): *La selva del lenguaje*. Barcelona, Anagrama.
- MARINA, J. A. (2003): *Los sueños de la razón. Ensayo sobre la experiencia política*. Barcelona, Anagrama.
- MARTÍN SALGADO, L. (2002): *Marketing político. Arte y ciencia de la persuasión en democracia*. Barcelona, Paidós.
- MARTÍN SALGADO, L. (2005): “Insultar sin arte ni gracia”. *El Mundo*, 29 de octubre, p. 22.
- MARTÍN SALGADO, L. (2005b): “Diecinueve «razones» y un arenque rojo”. *El Mundo*, 26 de noviembre, p. 18.
- MEGILL, A. (1994): *Rethinking objectivity*. Durham, Duke University Press.
- SÁNCHEZ ALONSO, Ó. (2000): “Los libros de caballería informativo-publicitarios”, en *Cultura y medios de comunicación*. PASTOR RAMOS,

- G., PINTO LOBO, M.^a R. y Echeverri González, A. L. (coords.). Salamanca, UPSA.
- SÁNCHEZ ALONSO, Ó. (2001): “El rey Midas publicitario: entre la axiología y lo bursátil”, en *Valores y medios de comunicación. De la innovación mediática a la creación cultural*. BENAVIDES, J. y FERNÁNDEZ, E. (eds.). Madrid, Edipo.
- SÁNCHEZ ALONSO, Ó. (2004): “La sociedad del sometimiento: los okupas de nuestro imaginario y los grandes hermanos contemporáneos”, en *La comunicación: nuevos discursos y perspectivas*. MÍNGUEZ ARRANZ, N. y VILLAGRA GARCÍA, N. (eds.). Madrid, Edipo.
- SÁNCHEZ ALONSO, Ó. (2005). “De Auschwitz a Abu Ghraib: obscenidad y enmascaramiento en la persuasión política de ayer y hoy”, en *Marketing, psicología y comunicación*. XVIII Curso Universitario de Verano, El Burgo de Osma (Soria), 8-12 de agosto de 2005 (editándose).
- SÁNCHEZ ALONSO, Ó. (2005b). *El servicio postventa de la política. Lógica publicitaria, mercadotecnia política y repercusiones democráticas*. Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca.
- SALINAS, P. (1995): *Poesías completas, 2. La voz a ti debida*. Madrid, Alianza.
- SAVATER, F. (2003): *El valor de elegir*. Barcelona, Ariel.
- TEMPRANO, E. (1999): *Contra la demagogia. Introducción al arte de manipular a las masas*. Madrid, Tecnos.
- VÁZQUEZ, I. y ALDEA, S. (1991): *Estrategia y manipulación del lenguaje. Análisis pragmático del discurso publipropagandístico*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
- ZUBIRI, X. (1980): *Inteligencia sentiente*. Madrid, Alianza Editorial.

